

La formación profesional de editores (cómo dejar de correr para quedarnos en el mismo lugar)

Margarita Valencia

Editora y escritora colombiana

A comienzos de 2012, el Instituto Caro y Cuervo (ICC) de Bogotá ofreció la primera versión de su Diplomado en Estudios Editoriales¹, y en el segundo semestre, la segunda. Con este diplomado, el ICC empezó a abrir el camino hacia la iniciación formal (en 2013) de la investigación sobre el desarrollo de la cultura libresca en el país, una investigación que busca reunir a diversos actores del sector oficial y del sector privado en torno a la reflexión sobre las implicaciones sociales y económicas de la circulación, el acceso y la comercialización del libro en particular y del texto en general en entornos específicos como el colombiano; y que parte de la base de que el cambio radical en el paradigma del sector del libro abre una ventana de oportunidad única para que el país deje de ser (como en general lo ha sido hasta ahora) consumidor pasivo de contenidos y avance activamente hacia la producción y comercialización de sus propios contenidos.

Gran parte de los cursos que han surgido en respuesta a las exigencias del medio de «profesionalizar el oficio editorial» buscan entrenar a los estudiantes en el desempeño de tareas específicas en la organización editorial; y la demanda estaría directamente relacionada con la posibilidad de mejorar la realización de esta tarea (que suele ser una especie de corrección de estilo deslavazada) y, en consecuencia, los ingresos.

El programa que ofreció el ICC se aparta de esta tendencia y se concentra en las formas de actuación de los creadores, los editores y los lectores,

1. El Diplomado ofrecido por el ICC es un programa de educación no formal, nivel de posgrado, doce semanas de duración y aproximadamente 120 horas de clase.

y en el estudio de sus interacciones. Siguiendo a Roger Chartier, creemos que es indispensable «reconstruir el papel de los diversos actores en la construcción de sentido». Y que es labor del editor abordar y entender los textos desde sus diversas funciones –formar, informar, transformar– con el propósito de lograr su objetivo de llevar el contenido del texto al lector. Desde esta perspectiva, es evidente que el soporte es una función del texto. Y que la corrección formal (tanto en la forma física como en la corrección gramatical) es una tarea secundaria de las muchas que debe emprender quien aspira a jugar un papel en la circulación de contenidos.

Como era de esperarse, muchos de los aspirantes inscritos en el ICC en 2012 –más de sesenta en cada una de las convocatorias, aunque el ICC no podía acoger a más de veinticinco– estaban de alguna manera relacionados laboralmente con el mundo del libro, la mayoría como correctores de estilo. Pero hubo también libreros, escritores, maestros, editores independientes, funcionarios públicos del área cultural. Previsiblemente, muchos de ellos buscaban algún tipo de formación que les ayudara a desempeñar mejor su trabajo, y que les permitiera evolucionar en el campo laboral escogido.

La demanda podría ser considerada halagadora, pero en realidad es alarmante. Y es el resultado del dismantelamiento de las prácticas tradicionales de formación en el área. Y es que esta fue durante siglos una «actividad artesanal, a menudo familiar, a pequeña escala, que se contentaba con modestas ganancias», en palabras de André Schiffrin. Y dependía para la formación de sus trabajadores del antiguo sistema de aprendices que se familiarizaban con el oficio bajo la tutela de los profesionales más avezados. Pero las prácticas económicas del oficio editorial que se han ido imponiendo desde el siglo XIX no tienen cabida ni para la inexperiencia de los aprendices ni para su enseñanza.

El oficio editorial se dejó llevar por el entusiasmo de haber sido ahora ascendido a industria y por el orgullo de sentarse a la mesa de los porcentajes de las cuentas estatales. Y sus practicantes tardaron en darse cuenta de lo costoso que podía resultar en el corto plazo el vacío en la formación de los nuevos profesionales. Cuando lo hicieron, ya casi no quedaban rastros de los antiguos saberes, y eso dificultó enormemente el proceso de sistematización de las diferentes disciplinas que confluyen en el libro. Es eso lo que encubren las exigencias de *la profesionalización del oficio*, que en realidad son exigencias para que la academia se haga cargo del entrenamiento de los jóvenes que quieren formar parte de la cadena del libro.

Se habla mucho de la cadena del libro. Pero en la práctica, el discurso encubre la desagregación y el aislamiento de las tareas que resultan evidentes en los programas de formación, y que son también el resultado de *la industria-*

lización de la actividad editorial—ya Chaplin nos mostró en *Tiempos modernos* lo que puede suceder con la industrialización.

El libro tal y como lo conocíamos era el producto de la intervención de tres sectores independientes: el de la creación, el de la edición y el de la lectura. La separación en la práctica de estos sectores convierte el libro en un objeto producido masivamente y con características idénticas a las de cualquier otro objeto de consumo; un objeto despojado de la carga simbólica que ha tenido el libro durante siglos; un objeto que no necesariamente se hace para un lector sino para que cualquiera lo compre; y que no es el resultado del trabajo de creación de un escritor: en general es producto de un equipo. Desde el punto de vista económico, la separación tajante de las tareas es interesante y es eficiente, pero sus efectos en el entorno social inevitablemente serán diferentes de los que solía tener eso que llamábamos «libro».

Es esta industria la que está necesitando urgentemente mano de obra, y muchos de los programas académicos que han surgido en los últimos años cumplen a cabalidad la tarea de ofrecer capacitación práctica.

Lo que no parece haber asumido la academia es la necesidad de sistematizar la práctica editorial tradicional, de convertirla en una disciplina transmisible y discutible en el salón de clase. Este paso previo es indispensable para la formación de nuevos equipos y la alineación de los jugadores sin la cual será imposible pensar futuros posibles para la circulación de contenidos. Si queremos profesionales críticos, capaces de tomar decisiones en el cambiante mundo editorial, y de aprovechar las oportunidades que se presentan en las nuevas modalidades de escritura, de edición y de circulación, debemos contribuir a la creación de nuevas herramientas.

Estas nuevas herramientas solo surgirán cuando abandonemos los lugares comunes que siguen acompañando al libro, y cuya función por supuesto es mantener el *statu quo*. Repetimos estos lugares comunes sin pensar: los contenidos de los libros son universales, el libro es un objeto unívoco, monolítico, el libro acompaña a los pueblos en sus procesos de formación y desarrollo, el libro y el progreso van de la mano, etc. Si restablecemos para los estudiantes la función de comunicación que históricamente ha asumido el libro (quién dice qué para quién), se podrá empezar a pensar lo demás sin prejuicios: la creación, el soporte, la circulación, la lectura. Entonces podremos dejar de correr para poder quedarnos en el mismo lugar.

Participación en el II Encuentro de Librerías y Editoriales Independientes Iberoamericanas «Otra mirada»
Feria del Libro de Guadalajara (FIL), noviembre de 2012